

lealtad, diligencia, amor y vigilancia de todas las cosas que a la Patria interesan, del doble punto de vista de su cuerpo un organismo físico, en su territorio y de su alma, o sean sus atributos de dignidad, cultura, honor, soberanía y engrandecimiento. Mas para llegar a tal misión habéis comprendido que se requiere en el alumnado una base profunda de virtudes invencibles consubstanciales con el alma misma del Claustro y para ello no hay oportunidad que se pierda por vuestra actividad, ora en sus conferencias de comienzo del año; ya en los saludos y conversaciones personales; con la solemnidad extraordinaria en la cátedra para exigirnos el valor, la renuncia de sí mismo, la honestidad y el amor como constitutivas de una acción más perdurable y activa y para agigantar en nuestros corazones el cariño a la tradición Rosarista para hablar siempre de ella, hacerla conocer de los demás, ennoblecerla y honrar y perpetuar el recuerdo de la epopeya de héroes que la originaron y velan por ella desde la eternidad.

Ilustrísimo Señor: recibid pues, oh grandioso artífice del pensamiento, el homenaje de los estudiantes por los cuales os desveláis y para los cuales habéis consagrado vuestra vida, tributo de admiración y de reconocimiento modesto en apariencia pero plétórico de cariño ya que lleva el hálito inconfundible que se desprende de la juventud, unido al calor vital del histórico y majestuoso Claustro que ha vivido siglos y continúa joven. Os suplico benignidad para mis palabras. Imposible alcanzar tanta grandeza. Nunca había meditado tanto en la espiritualidad de vuestra existencia.

UNA INST **páginas alusivas**



... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre...

... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre...

... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre...

... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre...

... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre... de la vida de un hombre...

páginas ausivas

UNA INSTITUCION Y UN HOMBRE



Hace treinta y dos años un joven sacerdote graduado en Derecho y Filosofía en la Universidad Gregoriana, donde se destacó sobre muchos estudiantes de diversas partes del mundo, fue llamado por el Colegio del Rosario para entregarle su tradición, su fama y la continuidad de su obra centenaria. Cuarenta años de rectorado ilustre recibía además dejados como herencia por Monseñor Rafael María Carrasquilla, el gran Maestro. La Nación se había conmovido ante la desaparición de este orador sagrado, quien se había fundido tan entrañablemente con la Institución de Fray Cristóbal de Torres, que no se podía imaginar su capa consular ondulando levemente bajo el soplo del verbo magnificante, sin ver en ella la cruz de Calatrava afianzada al recio pecho del patricio. Al caudal histórico del Colegio que venía corriendo sobre el suelo de la patria, a veces sereno, a veces turbulento, se había unido una corriente de vida procerca que mezcló su sangre de patriotas con la que el Colegio arrastraba desde los comienzos de la gesta emancipadora.

El también había vuelto los ojos a la ilustre cuna del Colegio y había encontrado que la Fundación fue erigida como crisol de varones insignes. Para que la Institución perdurara tenía que ser fiel a la idea creadora de su Fundador. Sus antecesores habían cumplido este compromiso. En los claustros del Colegio sopló por primera vez el viento de la libertad y arrastrados por él se levantaron como halcones nuestros héroes para caer abatidos en los campos de batalla y en los patíbulos, fecundando la tierra y el alma nacionales. En aquella época el Claustro fue cárcel y cuartel; ahora volvía a ser universidad.

El fin del siglo que trajo el balbuceo de una transformación en las formas antiguas encontró en el Colegio del Rosario a Monseñor Carrasquilla, figura egregia que amaba la tradición y en quien la corpulencia y majestad del porte correspondía a una estructura espiritual clásica formada en los moldes donde se plas-



maron Caro y Cuervo. Monseñor Carrasquilla sobrevivió a su época y se aferró a la historia. Su último discurso fue para cantar el genio de Bolívar, uno de sus grandes amores. En la rectoría, en el aula Masústegui, en los pasillos de armoniosas arcadas quedó su palabra y sobre el país los hombres que creó y formó su númen y su sabiduría. La parte humana se unió al suelo del Colegio y sus cenizas han mezclado su savia con la construcción secular, sembradas que fueron al pie del muro sagrado y su espíritu sobrevive en el de sus discípulos que guardan su magestático recuerdo.

Monseñor Castro Silva se encontraba en París. Había viajado por muchos países, sobre todo por aquellos que guardaban una cultura más antigua y esotérica. Una sed ardorosa de plenitud intelectual y espiritual lo invadía. No quería dejar zona del mundo y del conocimiento que no abarcara, que no quisiera fundir en su concepción del mundo y del hombre. Su amor a la verdad lo hizo buscarla en lo antiguo y lo nuevo, desde los monumentos de la India donde encontró el simbolismo con que el hombre ha figurado sus inquietudes universales, hasta Egipto y Grecia, donde se expresaron en formas esplendorosas; y luego en París —el Louvre y la Sorbona, Nuestra señora y el Panteón, San Sulpicio y la Academia— donde todas las esencias del Oriente, el primitivismo del Africa, el dionisiaco existencialismo eslavo y el misticismo asiático se encuentran en mezcla de misterio, de finura y de gracia. Ya en Occidente y todavía quería estar atado a la India, fuente de la más ancestral sabiduría. Sentado junto a él escribía a veces Rabindranah Tagore que también iría a buscar después la juventud hindú para cantarle sus poemas de paz y de amor.

En París se encontraba Monseñor Castro Silva cuando recibió un cablegrama que iba de América. El Colegio del Rosario lo llamaba. Hacía ya veinte años que asombraba a los universitarios rosaristas con su hechizante palabra. La abeja había volado entonces sobre muchos jardines, por entre las florestas más lejanas y exóticas; ahora se marchaba hacia la colmena que le estaba predestinada para dejar allí su savia y su vida.

Monseñor penetró al salón rectoral y aspiró por un momento el rancio aroma de la tradición santafereña, reflejada en el pulido vargueño donde un libro de Chateaubriand se encontraba todavía junto a otro de Virgilio y las Lecciones de Metafísica metidas entre las hojas de la Summa teológica. Una suave pe-

numbra silenciosa se perdía en el fondo de los retratos colgados de la pared encalada. Monseñor se acercó al arcón de cedro que guarda las Constituciones del Fundador y vio lo pasado y lo presente unidos quién sabe desde cuando como lema del Colegio. La frase agustiniana representaba la tradición, belleza siempre antigua y siempre nueva, idea única y añeja que perdura y vive a través de los tiempos, cubriéndose en cada época con una forma renovada. Guardó el amarillento cuadernillo signado por el Arzobispo de Santa Fe de Bogotá en 1653. Ahí quedaba la idea, en su arca inviolada; ahora tocaba al Rector la nueva expresión de su forma.

Bajó al aula de Física, hoy Rafael Pombo, donde tras el columnado hemicycle lo esperaba la juvenil generación. Allí empezó su clase de Metafísica —cátedra de la filosofía rosarista— uniéndola a la que había dejado Carrasquilla, con aquellas palabras de Fray Luis: "Decíamos ayer..." Donde había quedado la austera filosofía, empezó la Estética que es la filosofía de la belleza; y la belleza es el Hombre. Monseñor Carrasquilla personificó las ideas filosóficas y con su vocación docente y la claridad de su inteligencia las hizo llegar metódicamente a sus discípulos como lemas de la vida. Monseñor Castro Silva buscó lo eternamente nuevo sin olvidar lo antiguo. No ha tratado de infundir en su auditorio la enseñanza tradicional, encerrando su inteligencia dentro de cánones consagrados; antes bien, fascinado por el devenir de la vida humana, le ha mostrado a la juventud el horizonte y el camino, el fin y el medio.

Monseñor llegó al Colegio en una época en que el mundo y la civilización empezaban a correr velozmente y lo arrastraban todo. Ya no se podía atar las almas jóvenes al pasado y apenas era posible decirles de carrera que la maravilla que buscaban estaba en ellos mismos y recordarles lo que había visto Hamlet: que existían muchas cosas en el cielo y en la tierra que apenas si sospechaba nuestro entendimiento. Monseñor conocía muy bien el espíritu humano y su sed insaciable de verdad. Pero el Maestro no se la enseñó toda, sino que ayudó a sus discípulos a encontrarla por sí mismos. El espíritu contemporáneo tenía algo de demoníaco. Mefistófeles guiaba los pasos del hombre en pos de la ciencia que lo destruirá. El Profesor de Metafísica les dijo que en esta búsqueda incesante Fausto conoció a Beatriz y el hombre encontrará a Dios. Esta ansiedad del hombre moderno por la ficción científica y la novela policíaca —Monseñor es una

autoridad en ambas —es la angustia del ser humano que busca la verdad. El silbo de Dios se oye dentro del bosque a veces mixtificado por el silbo del diablo que nos embruja y nos lleva hacia el sombrío encantamiento. Que hará el hombre perdido en lo desconocido si no se le ha enseñado a encontrarse a sí mismo?

Así nació en el Colegio del Rosario una filosofía de la educación y un sistema pedagógico que es el que se practica hoy en las ciudades más civilizadas: la autoformación. Monseñor la ha predicado dándole una base que a través de cincuenta años de cátedra ha cimentado en una obsesionante exaltación de la personalidad humana. Pero hay otro cánón: el ejemplo. Así se forma el alma del niño; por la identificación con sus progenitores. Monseñor, desde que pisó los claustros del Colegio, ha tenido en cada paso, en cada movimiento, en cada gesto, una conciencia de Maestro, pues se dio cuenta de que un formador es ante todo un paradigma. Para ésto necesitaba de la expresión y la consiguió en una admirable multiplicidad de formas que perfeccionó, porque ya tenía este don, estudiando arte dramático y declamación en la Comedia francesa.

Todo estaba preparado para realizar la obra de estos treinta y dos años. Monseñor ha mostrado en sí mismo y a sus discípulos el amor a la belleza y la dignidad del hombre y cómo este ser semejante a Dios ha transformado el mundo y los pueblos. De ahí su responsabilidad inmensa. El mismo Colegio tenía muchos renuevos que habían construido una patria digna. Enchapó entonces los muros del bello Claustro colonial en frases lapidarias de maravillosa maestría que han eternizado las glorias del Colegio. Allí hemos aprendido los estudiantes del Rosario que los muros también tienen vida.

En una de ellas, la única que glorifica a un hombre por su origen extraño al Colegio y que se encuentra en el descanso de la escalinata de Caldas, Monseñor consagró la memoria de Goethe, que “reflejó en su vida y trasladó a sus obras la plenitud del Universo”. Porque Goethe es un tipo de genio de aquellos que según Buffon se hacen a sí mismos. En cuatro palabras Napoleón, otro genio del poder y de la voluntad, hizo el retrato de Goethe en una entrevista memorable. “Usted es un hombre”, le dijo instantáneamente al verlo. Y un hombre es una creación de sí mismo. Shakespeare, Cervantes, Leonardo, Pascal o Einstein han sido creaciones directas de Dios; pero El permitió que Goethe se hiciera, que fuera el artífice de su propia vida. El sentido

de la belleza que respecto del alma crea el bien, y del entendimiento la verdad, y de la fantasía frente al Universo el arte, cuando se traslada a la voluntad crea el hombre a semejanza de su propio Creador.

Pero la Estética es también Filosofía. Es nada menos que la filosofía de la Belleza, es decir de la verdad humana. La teología nos muestra la verdad de Dios; la estética la verdad del hombre como creador de sí mismo y recreador de la naturaleza. Sus discípulos entendían estas verdades escuchando la clase de Metafísica, que es la ciencia del ser y del parecer, es decir de la idea y la forma y por consiguiente del arte y la belleza, dentro de la definición hegeliana. A través de las formas llegaremos a las ideas eternas, aquellas del cielo de Platón, es decir a los valores, que hoy más que nunca deben regir la sociedad. No es ésta acaso la concepción de la unidad creadora que rige el cosmos y que hizo descubrir a Einstein la teoría del campo unificado, desencadenando de paso esa fuerza aterradora que une los elementos primordiales del Universo? Monseñor ha enseñado en el Colegio del Rosario una filosofía conductora de la juventud, exaltando la autonomía del ser humano y con él se ha demostrado una vez más y en sus discípulos, que se extienden día a día sobre la superficie de la patria, cuánto influye y qué formidable poder guarda la sabia palabra puesta en los labios de un hombre insigne y venerado.

Monseñor Castro Silva ha defendido además la autonomía de la fundación y se convirtió en celoso guardián de la ilustre heredad. Llegó al Colegio cuando alboreaba en nuestra patria una trágica aurora de locura y de sangre. Jamás se había atravesado una época tan turbulenta y sombría. Monseñor, Capitán de su nave, sorteaba hábilmente los arrecifes. Una Institución que ha enseñado con el ejemplo, no podía enturbiar su imagen ni exponer su doctrina a la desfiguración irreverente. Pocas cosas han permanecido en el país incontaminadas en esta etapa angustiosa de la adolescencia nacional. Una de ellas ha sido el Colegio del Rosario. Porque una de las características de esta época difícil ha sido la desfiguración de la verdad, el imperio de la ficción, las situaciones falsas, la desorientación en los principios. Monseñor ha seguido imperturbablemente predicando a sus discípulos que los hombres son ante todo carácter y verdad, hombría de bien y rectitud. Conservando la autonomía espiritual de la Fundación, Monseñor mantuvo la de su gobierno. Cuando

muchas entidades perdían su alma, el Colegio del Rosario salvó su espíritu de verdad y por consiguiente de libertad. Cuantas veces el clamor popular, desorientado por falsos cánones y falsos apóstoles, ha pretendido penetrar en el ámbito puro del Colegio, se ha estrellado vanamente contra sus muros impenetrables. Esta es una de las mayores hazañas de Monseñor. Haber conservado al Colegio incontaminado, autónomo, respetable, con su figura inconfundible de modelador de varones insignes.

Una Institución prototipo influye imperceptible pero fundamentalmente en la transformación de un pueblo. Pero esta posición no fue siempre de decorosa expectativa. Un día un principio delicuescente quiso encubrirse bajo la banda que simboliza la magistratura destinada a los mejores. El Maestro de Metafísica puso a la luz el ser y el parecer y una vez más se oyó su palabra magnífica en el Aula Máxima, primero en una sesión memorable de la sociedad de estudios jurídicos y luego en un acto de consagración de Colegiales, haciéndose precursor de un movimiento que más tarde aniquilaría un Gobierno, cuyo pecado más grave fue convertirse en escándalo de un pueblo joven. Monseñor fue llevado en hombros por la muchedumbre hasta el Claustro venerable que se presentaba de nuevo como uno de los artífices de otra gesta nacional.

Entretanto Monseñor no se contentaba con escribir y enseñar y con difundir en sus discípulos la inquietud por el estudio de todos los conocimientos, dando un sello humanístico a la formación de sus profesionales. Restauró el Claustro y lo ensanchó, lo primero para hacerlo más auténtico, más fiel en su expresión a una idea selecta y lo segundo para acrecentar el molde patrio, forjador de nuevas generaciones de rosaristas que ilustren la República, creando día a día otras Facultades para albergar el creciente número de Bachilleres que preparados en distintos campos, sean modeladores de una cultura propia y participes notables de nuestro progreso.

Quienes hemos vivido cerca de Monseñor, lo hemos visto envejecer al servicio del Colegio. Su garganta se ha partido un poco adoctrinando generaciones de rosaristas. El Colegio ha podido contemplar en el Aula máxima y en las clases de Metafísica y de Filosofía del derecho, desde hace más de cincuenta años, un espectáculo maravilloso de brillantez e inteligencia y de aquel espíritu de finesse que alababa Pascal. Monseñor ha escrito muchas obras que no han visto la luz pero que nosotros mira-

mos alguna vez en la Rectoría escritas sobre pulcros cuadernos guardados celosamente en su escritorio. Prefirió entregar toda su sabiduría a sus discípulos que en legiones lo han oído y admirado. El Colegio del Rosario ha tenido el privilegio, en su milagrosa estabilidad, de escuchar en casi un siglo los dos oradores sagrados y académicos más grandiosos de los últimos tiempos, y ellos han sido sus Rectores. El uno denso y sobrio, el otro brillante y fino, pero ambos se han confundido con la Institución procerca, nutriéndose con ella y ella con su egregia estirpe espiritual, engrandeciéndose así mutuamente.

Al celebrar sus treinta y dos años de rectorado y más de medio siglo de Maestro inolvidable, reconocidos y alabados por la nación en noble testimonio, Monseñor Castro Silva pudo contemplar emocionado a todos los estudiantes del Colegio, congregados en el Claustro secular, al descubrirse una placa conmemorativa. Cuando recibió el Colegio eran ciento cincuenta; ahora más de mil. Allí está la placa ofrendada por sus discípulos en un testimonio conmovedor de admiración y gratitud imperecedera. Es admirable tener un Rector que en la cumbre de su senectud, recibiendo ya en sus sienes el lampo de la gloria, siga creando, enseñando, entregando su inmenso saber a la juventud rosarista, con el mismo brillo y agilidad mentales.

Mientras el Colegio levanta sus nuevos edificios, Monseñor sigue construyendo los hombres que lleven sobre sus espaldas el destino de la Fundación como otra arca de la antigua y de la nueva alianza. Ya no se pasea, erguido, elegante, impecable, por el pasillo de la Rectoría, preparando sus clases asombrosas, u observando a los estudiantes y deleitándose en adivinar en ellos su vocación a la grandeza; pero desde un sillón de la Secretaría sigue dándose generosamente, en todo lo que vio, estudió, pensó y sintió, a sus discípulos que experimentan por él un gran respeto y lo miran con orgullo y veneración.

Estas frases no han tratado de ser un bosquejo siquiera de esa gran figura, muy difícil de aprisionar en una semblanza irreverente, sino la impresión fragmentaria que un Maestro ha dejado en uno de sus discípulos. Y es además un recuerdo sencillo que la Revista del Colegio, donde Monseñor ha escrito muchas páginas inmortales, quiere ofrendarle con ocasión de este homenaje nacional, en que el espíritu del Rosario celebra y consagra de nuevo para la eternidad la unión indisoluble y amorosa de una Institución y un Hombre.